



*Esta figura de un
rojal es adorno de punto cultivado y laucha
milla aynsambrado bien y anrican los
Yndios de quando residrecha*

Consolidación del orden colonial

Director del volumen
Alfredo Castillero Calvo

Codirector del volumen
Allan Kuethe

LOS ESCLAVOS AFRICANOS

Herbert S. Klein

[Trechos seleccionados p. 511-516]

LA ESCLAVITUD AFRICANA EN MÉXICO Y PERÚ

Gracias a la rapidez de sus conquistas en las fértiles tierras americanas del interior y a la abundante riqueza generada, los españoles fueron los primeros europeos en poseer el capital necesario para importar esclavos, y México y Perú los principales destinatarios de esclavos africanos durante los primeros años de la trata de negros en el Atlántico. Aunque disminuyó la importancia relativa de los esclavos africanos en la América hispana de los siglos XVI y XVII, las migraciones africanas hacia esas regiones no fueron insignificantes y se iniciaron con las primeras conquistas. Cortés y sus ejércitos poseían varios centenares de esclavos cuando conquistaron México en el tercer decenio del siglo XVI, mientras que en la conquista de Perú durante la década de 1530 y en las guerras civiles del decenio subsiguiente figuraban cerca de dos mil esclavos en los ejércitos de Pizarro y de Almagro. Aunque los indios dominaban la vida rural en todas partes, los españoles vieron crecer constantemente sus necesidades en esclavos. Esto fue especialmente patente en Perú, que era más rico y que perdía una proporción cada vez mayor de población costeña debido a las enfermedades europeas, en zonas idóneas para el cultivo de productos europeos como el azúcar y la uva. Ya a mediados del siglo XVI había unos tres mil esclavos en el virreinato del Perú, la mitad de ellos en la ciudad de Lima. De hecho, este mismo equilibrio entre residencia urbana y rural hizo que los esclavos, junto con los españoles, fueran el elemento más urbano de la sociedad hispanoamericana.

Las necesidad de esclavos en Perú aumentó drásticamente en la segunda mitad del siglo XVI, cuando la producción de plata de Potosí alcanzó su pleno desarrollo, haciendo de Perú y de su ciudad principal, Lima, la zona más rica del Nuevo Mundo. Para atender esta demanda se desarrolló un importante comercio de esclavos, especialmente cuando gracias a la unificación de las coronas portuguesa y española entre los años 1580 y 1640, los portugueses pudieron abastecer los

mercados de la América hispana. Al principio, la mayoría de los africanos provenían de la región de Senegambia, situada entre los ríos Senegal y Níger, pero, tras la creación de la Luanda portuguesa en 1570, empezaron a llegar importantes contingentes de esclavos procedentes del Congo y Angola.

En un principio se tendió a concentrar a los esclavos africanos en las zonas urbanas, pero posteriormente se les atribuyeron nuevas funciones económicas al margen de la sociedad rural india. Mientras que se reclutaba mano de obra indígena libre y esclava para la extracción de la plata y el mercurio en todo Perú, con el oro la situación era diferente, al encontrarse casi siempre este metal en sedimentos aluviales de las sierras bajas tropicales, lejos de las poblaciones indias. Ya en 1540, los africanos trabajaban en grupos de diez a quince esclavos en los yacimientos auríferos de la cordillera oriental tropical de Carabaya, en los Andes meridionales. Aunque estos yacimientos de oro se agotaron rápidamente, casi todo el trabajo posterior de explotación del metal fue realizado por esclavos africanos; las minas más famosas eran las de Brasil, y las de Nueva Granada en el siglo XVIII.

Además de en las plantaciones, las familias de esclavos africanos trabajaban también en la agricultura peruana en granjas agrícolas (o «chacras») de las afueras de Lima. En estos huertos y huertas, e incluso en pequeñas plantaciones de cereales, se recurría habitualmente a la mano de obra indígena temporera para la recolección. Una actividad agrícola aun más ambiciosa se desarrolló a lo largo de la costa en haciendas especializadas en el azúcar y los viñedos, y en empresas agrícolas de carácter más mixto. En contraste con la experiencia de las Indias Occidentales y de Brasil, en las plantaciones de esclavos de Perú se practicaban mucho más los cultivos mixtos. Como promedio, las plantaciones de los valles costeros irrigados, en particular los del Sur de Lima, tenían cada una en torno a cuarenta esclavos, pero las haciendas más extensas podían alcanzar incluso los cien. Las principales zonas de producción vinícola y azucarera del siglo XVII como Pisco, los valles del Cóndor e Ica empleaban unos veinte mil esclavos. Junto a los propietarios privados, los jesuitas se dedicaron también durante el siglo XVII y posteriormente a la producción en plantaciones esclavistas, pudiéndose encontrar sus propiedades agrícolas en todo Perú. En el interior había asimismo valles tropicales en el Norte e incluso en las tierras altas del Sur donde existían haciendas de esclavos especializadas en la producción azucarera. Estas plantaciones del interior eran, al igual que las de la costa, relativamente pequeñas, y como la producción estaba destinada al comercio peruano y al relativamente limitado de la costa del Pacífico, lo que más caracterizaba a la agricultura de plantación con fines comerciales era la mezcla de productos. Por último, la cría de ganado fue otra de las actividades en las que se especializó la población esclava africana. También destacaron los esclavos como arrieros e incluso como marineros en buques privados y de la Corona. A principios del siglo XVII, la Armada Real empleó nada menos que a 900 esclavos negros que, alquilados a sus amos, se destinaron a todo tipo de trabajos excepto al de remero de las galeras, que estaba reservado a los delincuentes.

Pero fue en las ciudades del imperio donde los esclavos desempeñaron una función económica más activa. Respecto de los oficios cualificados, predomina-

ban en los trabajos de metalistería, confección de prendas de vestir, construcción y suministros, y estaban representados en todas las artesanías, excepto en las más cerradas, como la platería y la imprenta. En las tareas no especializadas trabajaban mucho en la pesca de litoral como mozos de cuerda y vendedores, y en el tratamiento y la transformación de los alimentos, e incluso formaban parte de la policía local de Lima como vigilantes armados. En todas las principales obras de construcción había esclavos cualificados y no cualificados que trabajaban junto a sus patrones blancos y a negros libres de todas las categorías, además de trabajadores indios. A mediados del siglo XVII, los africanos y americanos, libres y esclavos, eran mayoritarios en algunos oficios y podían ejercer con el grado de maestro sin problema. Así, de los 150 maestros sastres de Lima, 100 eran negros, mulatos o mestizos, y de los 70 maestros zapateros existentes durante el mismo período, 40 eran negros y mulatos. Evidentemente, ésta no era la norma en todos los oficios, pero sí manifestación de la importancia de estas comunidades en los escalones inferiores, aprendizaje y oficialía, de estas profesiones. En ocasiones, la resistencia que encontraron en las zonas donde su presencia era menor fue bastante fuerte, pero la falta de una sólida organización gremial en América permitió que los negros, libres o esclavos, ejercieran la mayoría de los oficios incluso con el grado de maestro.

En Perú, las fábricas textiles (u «obrajes») sólo empleaban a obreros indígenas o a delincuentes condenados, pero otros talleres utilizaban esclavos. En 1630 había 18 sombrererías que contaban cada una con entre cuarenta y cien esclavos. También se utilizaban numerosos esclavos en labores de curtido y en mataderos, así como en hornos y canteras para la producción de ladrillos y piedra tallada destinados a las principales obras que se construían en la opulenta ciudad de Lima. Por último, todas las instituciones gubernamentales y religiosas, de beneficencia, hospitales y monasterios, disponían de un contingente de seis o más esclavos que se ocupaban de las labores de mantenimiento.

A medida que fue creciendo la ciudad de Lima, aumentó la población esclava. De los 4000 esclavos que existían en 1586, el número de africanos y afroperuanos aumentó a cerca de 7000 en la última década del siglo XVI, a 11000 en 1614 y a unos 20000 hacia 1640. Este crecimiento fue en un principio más rápido que el de las comunidades blanca e india, por lo que al final del último decenio del siglo XVI la mitad de la población limeña era negra y lo seguiría siendo durante la mayor parte del siglo XVII. De igual modo, en todas las ciudades del interior y de la zona costera del norte y el centro de los Andes, la población de color representaba un 50% del total. A medida que se descendía hacia las zonas indias, más densamente pobladas, el porcentaje relativo de negros disminuía, aunque podían encontrarse esclavos africanos por millares en Cuzco e incluso en Potosí, donde en 1611 había, al parecer, unos 6000 negros y mulatos, esclavos y libres.

La posesión de esclavos en Perú fue un fenómeno característico de la evolución de la América española y portuguesa, y el alquiler de esclavos era corriente en las zonas urbanas y rurales. Los amos alquilaban a sus artesanos más cualificados, que podían ser desde viudas que vivían del alquiler que por ellas pagaban las instituciones hasta artesanos que aportaban ingresos adicionales. A menudo

los esclavos cualificados y con cierta preparación se mantenían a sí mismos simplemente alquilándose, con lo que aportaban a sus dueños unos ingresos mensuales fijos y sufragaban sus propios gastos de vivienda y alimentación. En cuanto a los esclavos no cualificados, en su mayoría se alquilaban a españoles u otras personas libres que les pagaban un salario y los gastos de manutención. De ahí que una compleja red de propiedad directa, alquiler y empleo por cuenta propia hiciera de los esclavos una fuerza laboral sobremanera móvil y adaptable. Esto queda perfectamente reflejado en las actividades de la Corona que a menudo, en situaciones de urgencia, recurría para sus fortificaciones, astilleros y escuadras a cientos de trabajadores cualificados y no cualificados, casi todos ellos alquilados a propietarios privados.

Otra característica del panorama laboral peruano era la existencia en todas las regiones y todos los oficios de empleados libres negros y mulatos que trabajaban junto a esclavos. De nuevo, siguiendo un sistema común al resto de la América hispana y portuguesa, los negros y mulatos libres estuvieron presentes desde los primeros tiempos de la Conquista y la colonización; algunos incluso vinieron directamente de España. A pesar de que a menudo los blancos, con los que competían por los mejores puestos, les discriminaban por motivos raciales, se les encontraba en todos los niveles de la escala laboral, desde puestos no cualificados hasta los de maestro. En algunas ocasiones recibían pagas equivalentes a las de los trabajadores blancos, mientras que en otras sus salarios eran inferiores incluso a los alquileres de los esclavos. En ciertas profesiones no les era posible abrirse camino entre las clases de la elite, pero en el sector de la construcción y del transporte marítimo, donde los negros abundaban, llegaron a ser maestros de la construcción naval, arquitectos, maestros de obra y carpinteros. En todas partes su número fue en aumento. En 1600, los negros y mulatos libres llegaron a representar en la mayoría de las ciudades entre un 10% y un 15% de la población negra total, porcentaje que fue creciendo de forma constante a medida que avanzaba el siglo. Sin favorecer la manumisión ni oponerse a ésta de manera sistemática, la sociedad peruana permitió que los mecanismos normales dieran lugar a este fenómeno y no puso obstáculo social alguno a que padres libres manumitiesen a sus hijos e incluso los reconocieran.

Gracias a los mecanismos que permitían a los esclavos cualificados comprar su libertad y la de sus familias, y al número constante de niños y mujeres que los amos emancipaban, condicional y a veces totalmente, surgió una gran masa de población libre de color que participó activamente en el mercado libre del trabajo. El crecimiento de los centros urbanos, la expansión del sistema de haciendas y de la producción agrícola española, y el declive de la población amerindia, diezmada por las epidemias que se declararon durante todo el último cuarto del siglo XVI y la mayor parte del siglo XVII, crearon una enorme demanda de mano de obra en todo Perú. Cuanto más móvil era un liberto, mayor era la discriminación que debía soportar; y cuanto más inestable era la época, más le señalaban los blancos como elemento amenazador. El número de negros y mulatos libres que cumplían condena en las cárceles, galeras y fábricas de Perú era desproporcionado. Pero la sociedad se hallaba demasiado necesitada de mano de obra para prohibirles competir activamente por un puesto de trabajo e intentar mejo-

rar su posición social. En Perú, como en el resto de la América hispana y portuguesa, la dinámica del capitalismo no se vio frenada en grado importante por los prejuicios raciales inherentes a la elite blanca. A medida que avanzaba el siglo XVII, aumentaba el porcentaje de hombres libres entre los negros y mulatos, sobre todo a partir de la crisis minera de 1650 que originó una disminución de la llegada a Perú de esclavos procedentes de África.

En esta época temprana, la segunda zona más importante de Hispanoamérica en cuanto a la importación de esclavos fue el virreinato de México, que desde los primeros tiempos tuvo esclavos nacidos en África (bozales) y en Europa (ladinos) en los ejércitos, explotaciones agrícolas y casas de los conquistadores españoles. Como ocurriera en Perú, la primera generación de esclavos fue probablemente casi tan numerosa como el total de los blancos. También a ellos se les destinó a la producción de azúcar y de otros productos agrícolas comercializados en Europa, en las regiones más templadas de la llanura dispersas por la zona central del virreinato. Estas haciendas azucareras eran por lo general bastante pequeñas; en Perú, una de tamaño mediano contaba con aproximadamente cuarenta esclavos por hacienda. La hacienda azucarera más grande de la familia Cortés disponía, a mediados del siglo XVI, de varios cientos de esclavos, pero se trataba de una excepción.

A diferencia de la experiencia peruana, los esclavos africanos tuvieron al principio importancia en la industria minera de la plata. Hacia la segunda mitad del siglo XVI se descubrieron importantes yacimientos de este metal en las zonas periféricas del Norte del virreinato, donde el asentamiento de los indios era escaso. Dada la inmediata necesidad de mano de obra y la relativa abundancia de esclavos africanos, éstos fueron rápidamente enviados a los campos mineros recién creados para llevar a cabo los primeros trabajos de explotación. Así, las minas de Zacatecas, Guanajuato y Pachuco utilizaron al principio gran número de esclavos para realizar todo tipo de tareas mineras, tanto bajo tierra como en la superficie. En un censo minero de 1570 se hallaban registrados en las minas unos 3700 esclavos africanos, dos veces más que el número de españoles y sólo unos cuantos centenares menos que los indios. En ese momento representaban el 45% de la población laboral. Pero gracias al número creciente de los trabajadores indios libres, que en seguida emigraron hacia esos nuevos asentamientos, disminuyó la necesidad de esclavos africanos, más caros. Hacia 1590, el número de esclavos que trabajaban en los campos mineros se había reducido a 1000, lo que representaba sólo una quinta parte de la fuerza laboral indígena y africana combinada. Desde entonces, se les dedicó a tareas menos peligrosas en la superficie y en los primeros decenios del siglo XVII habían dejado ya de constituir un factor importante en la industria minera.

Parece que los esclavos mexicanos también trabajaban en mayor número en los obrajes (talleres) que los de Perú, sobre todo mientras el Gobierno vacilaba entre autorizar o prohibir la utilización en ellos de mano de obra indígena. Pero incluso allí su importancia relativa disminuyó con el tiempo a medida que indios y mestizos asalariados fueron progresivamente asumiendo una función laboral. Incluso en las construcciones reales, en las que en el resto de Hispanoamérica sólo se empleaba desde hacía tiempo mano de obra esclava, el Gobierno solía re-

currir al trabajo de los penados, a las prestaciones por vasallaje y al trabajo asalariado de los nativos libres. Por último, el hecho de que la mayoría de los centros urbanos de México estuvieran contruidos sobre ciudades indias preexistentes o en zonas de densa población india significaba que la mano de obra servil no era muy importante en las urbes. A pesar de que los esclavos realizaron en la ciudad de México muchas de las tareas urbanas que llevaban a cabo en Lima, la primera fue esencialmente una ciudad india en la que los esclavos nunca tuvieron la misma importancia como fuerza laboral.

La importancia relativa de la esclavitud mexicana queda bien reflejada en el crecimiento de la población esclava. Se calcula que en 1570 había unos 20000 esclavos en todo México, cifra que en 1646, cuando la mano de obra esclava alcanzó su cota máxima, era de casi 35000 personas. En ambos períodos los esclavos representaban menos del 2% de la población del virreinato, cifra que contrasta con la correspondiente al mismo período en Perú, donde llegaron a ser unos 100000, es decir entre el 10% y el 15% de la población. Aunque la comunidad esclava peruana se estancó durante el siglo siguiente, no disminuyó de forma tan radical como la mexicana en el siglo XVIII. Hacia el último decenio de este siglo Perú contaba con cerca de 90000 esclavos, mientras que en México sólo quedaban 6000.

En ambas regiones, sin embargo, la década de 1650 marcó el fin del gran período de las importaciones masivas de esclavos. Hacia esa fecha la América hispana, principalmente Perú y México, había importado desde los primeros tiempos de la Conquista entre 250000 y 300000 esclavos, un máximo que no repetirían en el siguiente siglo de crecimiento colonial.